



EL HOMBRE DEL SACO

Qué pena que me dio el día cuando me enteré de quien era el Hombre del Saco, “El Sacamantecas”. ¡Era mi padrino de bautizo y de la Primera Comunión; Y yo no me había enterado de nada. Él se vestía de Papá Noel, y visitaba las casas donde hubiera niños y niñas de menos de seis años.

De pequeños, nuestros padres y abuelos nos advertían que no volviéramos tarde a casa, porque, por las calles, al volver una esquina, se aparecía un hombre vestido de Papá Noel que nos cogía y nos metía en un saco, para llevarnos no sé dónde, arrancarnos los ojos como a los conejos, y sacarnos la manteca.

Nos contaban que ya había habido algún niño o niña que nacieron con esta mala estrella; y este sujeto mal nacido les había raptado y, metidos dentro del saco, les retorció la cabeza, como a los pichones y otros pájaros que vuelan. Que tuviéramos mucha pena por ellos, aunque sus almas estuvieran gozando de gloria eterna, como anunciaba el cura pedófilo en su iglesia.

Este nuestro Papá Noel, bueno, mío, el Hombre del Saco, “El Sacamantecas”, era alto, rubio y sandunguero, y tenía vara y media de picha que hasta el zancajo le llega.

A mí, un día que no estaban mis padres en casa, con un resplandor excelente que entraba por la puerta, apareció él con un saco abierto por la boca; me cogió y me metió en él. Como era mi padrino, no puse resistencia.

Él me dijo:

-No temas, que yo, por obligación de ser tu padrino, soy el único que te defienda; mejor casi que tus padres y hermanos y la abuela.

Me llevó a un pajar junto a una era y, al sacarme del saco, vi de niños calaveras. Me quedé muerto de veras, y no sé cómo pude decirle:

-Padrino no cometáis que yo muera.

Diciéndome él con la cara de dragón que se folla a una doncella:

-No temas, mi niño, que aquí hubo una vieja ermita rodeada por un cementerio de niños cuyas calaveras adornaban la tierra.

Yo sólo quiero que a mi polla le hagas de flores una novena, que, como verás, es una cosa muy buena, y aprenderás a hacerte y a hacer pajas cuando vayas a la Escuela.

-No hace falta, padrino, le dije yo bien asustado, que papá me ha dicho que me las tiene que hacer una doncella.

Él se cabreó y no hizo caso de mi triste llanto. Me ató, de frente, a la puerta de una cochinería vacía que estaba debajo del pajar, de los pies a la cabeza.

Como un cerdo hozó mi culito, y a mi pilila le hizo sangrar metiéndola por el ojo de una cerradura sucia y vieja. Para mayor dolor, me abrió por la entrepierna, metiéndome por el Ojete ese bicho que le cuelga.

-¡Oh, con qué dolor lo sentía ¡, pensando que las lombrices bailaban de contentas.

Mi cuerpo quedó brincando contra la puerta, lo mismo que la cabeza.

Cuando quedó conforme con el horror que me había causado, brozado como un perro, me desató, y me dijo:

- Baldomero, ¡ala ¡ vete para casa, y no digas ni “Mu”, o te cortaré la cabeza. Y, para que la vida te sea más amable, todos los fines de semana te daré cuatro pesetas.

Horrorizado quedé, y me fui para casa. Al cruzar la era, aturcido y sin aliento, vi a Don Brindis, a quien llamaban “Picha Brava”, que tenía fama de matón y follador de todo lo que se menea, quien, viéndome de esta manera, me para y me dice:

-¡Ay¡ qué te ha pasado? Te veo mala cara, chico.

-¡Oh ¡ con qué pena se lo digo, don Brindis. ¡Oh ¡ con qué dolor lo siento, que me ha follado mi padrino vestido de Papá Noel; me metió en un saco, donde me cerró casi muerto, y me llevo para follarme a las eras; y me gustaría que usted, con su valentía, le vaya a degollar presto, pues es el Hombre del Saco, “El Sacamantecas”.

-Ya me voy a él, niño. Voy a entrarle a degüello; no temas; contestó él.

Cuentan en el pueblo que “Picha Brava” fue a buscarle a las eras. Se echó sobre él, y le cortó la cabeza. El cuerpo quedó brincando en el suelo, y lo mismo la cabeza. Unos perros que pasaron por allí, mearon sobre ella.

-Daniel de Culla